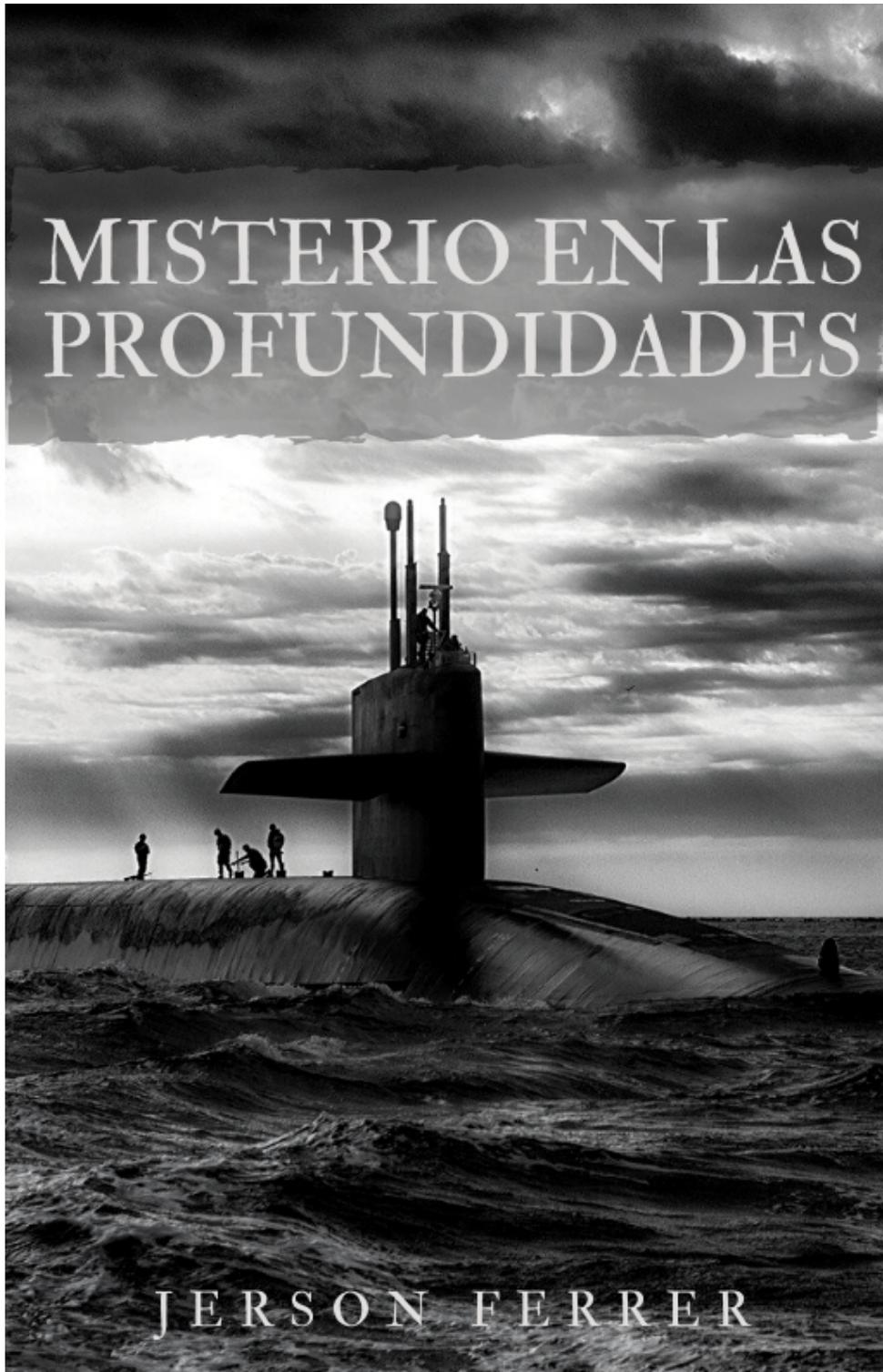


MISTERIO EN LAS PROFUNDIDADES

Jerson Ferrer Marcony



Capítulo 1

Muchas personas creen que el mar es un lugar muy apacible, y eso puede ser particularmente cierto cuando se le imagina al lado de una playa paradisíaca, pero no es así cuando ocurre algo como lo que nos ocurrió a mi tripulación y a mí. Soy el capitán de una tripulación a bordo de un submarino, o al menos, eso soy hasta el momento de escribir esto.

Estábamos en el océano pacífico en una misión de exploración. Todo marchaba bien, hasta que llegamos a las coordenadas a las que nos habían enviado, pues en ese momento, todos los componentes electrónicos del submarino empezaron a fallar, por tanto, quedamos totalmente incomunicados con la base. El submarino era algo viejo, por lo cual era normal que fallaran partes de él de vez en cuando, sobre todo a grandes profundidades.

La tripulación y yo, que para ese momento éramos ocho personas, tratábamos de seguir con nuestra labor de exploración, y de perder el menor tiempo posible, puesto que, si no lográbamos reparar los componentes eléctricos, no podríamos hacer emerger el submarino, debido a que este sistema funcionaba con la estúpida electricidad, y no tenía un sistema de seguridad que lo hiciera emerger cuando algo fallaba.

Procedí a ordenar a los buzos que salieran por el conducto especializado, con unas cápsulas de exploración que resistían la altísima presión que había a los cerca de 11.000 metros de profundidad a los que nos encontrábamos, para que realizaran su labor. Los buzos eran cinco integrantes de la tripulación, dentro de los que se encontraban un biólogo marino, un experto en reliquias y tesoros antiguos, un experto en todo tipo de armamento militar; y dos soldados de la marina. A decir verdad, no sabíamos exactamente que teníamos que explorar, sólo nos dijeron que fuéramos y reconociéramos la zona, pero nunca imaginamos que nos íbamos a encontrar con sucesos tan extraños.

Los buzos tenían un periodo de tres horas para recorrer parte de la zona, y luego volver para llenar los tanques de oxígeno de las cápsulas. Mientras ellos estaban ahí fuera haciendo su trabajo, los que estábamos en el submarino escuchamos unos sonidos que nunca habíamos escuchado, eran sonidos antinaturales, no parecían de ballenas, y tampoco era probable que fueran de este animal, puesto que estábamos a una profundidad en la que no era posible que vivieran. Sea lo que fuere, los sonidos eran tal que mareaban y erizaban la piel, y lo único seguro es que eran producidos por algo mucho más grande que el submarino. Los tres que quedábamos nos miramos las caras extrañados, pues era la primera vez que escuchábamos ese tipo de ruido, pero no nos atrevimos a decirnos ni una palabra. Los sonidos cesaron después de un tiempo, pensé que los buzos nos explicarían el origen de los sonidos una vez volvieran,

pero no volvieron al submarino ni tres ni cuatro ni cinco horas después de haber salido, tiempo suficiente para considerarlos muertos.

Transcurridas ocho horas después de la salida de los buzos, habíamos hecho todo lo posible para arreglar los dispositivos electrónicos del submarino sin resultado. En ese momento, supimos cuál era nuestra realidad, nuestras horas estaban contadas, pues si el submarino no encendía, el oxígeno se nos iba a acabar en unas ocho horas.

Pasadas cuatro horas, decidí ir a buscar lápiz y papel para documentar todo lo ocurrido, pero en el cuartito donde los iba a buscar, me encontré con una escena horrible. Uno de los dos soldados tripulantes que me acompañaban en el submarino estaba colgado del cuello, de una cuerda que estaba amarrada a una de las tuberías en la parte superior del cuartito, el hombre tenía la lengua afuera y estaba completamente morado. En ese momento, mi mirada se desvió hacia el tatuaje que el soldado tenía en el hombro derecho, el cual hasta ese momento no me había parecido tan perturbador, pues era una soga con un nudo como las que usan para suicidarse, y como la que ese infame hombre tenía alrededor de su cuello.

Alterado, me dirigí rápidamente hacia donde el otro soldado para contarle lo ocurrido, pero me encontré con otra escalofriante sorpresa. El soldado estaba gritando como loco, y tenía una pistola en la sien. Inmediatamente le pregunté qué era lo que pensaba hacer, y traté de persuadirlo para que se quitara el arma de la cabeza, a lo que me respondió, señalando hacia la nada, que el espectro de su padre le había dicho que era la mejor opción para que no sufriera. Supuse que era una alucinación suya, producida por la escasez de oxígeno. No había visto una expresión de terror como la de aquel hombre desde aquellos tiempos de sangrienta guerra cuando veía a mis compañeros, mutilados por las minas, con miradas perdidas y suplicando para que les aliviaran ese dolor, hasta el punto de que algunos pedían con desesperación un balazo en la frente.

Nuevamente le dije que bajara el arma. Él me miró con tal desesperación, que por un momento me hizo pensar que algo se había apoderado de su mente, y que no la abandonaría hasta cumplir con su objetivo. El soldado soltó una carcajada tan terriblemente macabra que resonó por toda la cabina e invadió mis tímpanos de dolor. Enseguida, soltó la frase: "Hay cosas que son tan difíciles de entender que nos cuestan la cordura, capitán". Intenté acercarme a él para quitarle el arma, pero esquivó con habilidad mis movimientos, y una vez reincorporado me miró fijamente y dijo algo que me estremeció completamente: "Todo está por culminar, solo espera y los podrás ver". Sus ojos, desorbitados, se posaron en mí y no pude evitar presentir lo que sucedería. En ese momento, se me heló la sangre, pues el hombre jaló del gatillo y cayó inmediatamente al suelo, inerte, como si aquel corpulento cuerpo nunca hubiera albergado vida. Y recordé aquellos días de guerra en los que era común por las noches en

los campamentos, escuchar un fuerte sonido proveniente de la tienda de campaña de alguno de los compañeros, y entrar en ella para encontrar sus cuerpos igual de inertes, con un agujero en la sien.

Luego del shock, reaccioné y habían pasado casi dos horas desde cuando decidí ir a buscar lápiz y papel. Entonces, me dispuse a escribir todos los detalles de esta fatídica excursión. Y aquí estoy, tratando de escribir todo lo que pueda en estas dos horas que me quedan, para que, si algún día alguien encuentra este submarino y este texto, sepa todo lo que sucedió, al menos lo que sucedió adentro, pues lo de afuera es un completo misterio que quizás algún día puedan resolver. Las palabras se me acaban, así como el tiempo. Si alguien encuentra este texto, que sepa que lo escribí en mis últimas horas de vida. Cambio y fuera.